

# EL VALLE DE LAS MUJERES PERDIDAS

ROBERT E. HOWARD

El redoble de los tambores y el estruendo del gran cuerno de elefante era ensordecedor, pero en los oídos de Livia el clamor sonaba como un confuso murmullo, monótono y lejano. Estaba tendida sobre un lecho en la gran cabaña, sumida en un estado de delirio que bordeaba con el desvarío. Los ruidos del exterior apenas afectaban sus sentidos. Aunque se encontraba aturdida, su mente caótica estaba obsesionada todavía con el cuerpo desnudo y convulso de su hermano, por cuyos muslos temblorosos corría la sangre. Recortada sobre un oscuro fondo de formas y sombras enlazadas, aquella borrosa silueta blanca aparecía ante sus ojos con una implacable y aterradora nitidez.

El aire quieto parecía latir entre gritos de agonía mezclados con un rumor de risas demoníacas.

La muchacha no tenía consciencia de sus sensaciones como ente individual, separado y diferenciado del resto del cosmos. Se sentía embargada por una enorme tristeza y por un profundo dolor... Ella misma era un dolor cristalizado y hecho carne. Así pues, yacía tendida al borde de la inconsciencia, sin pensar y sin moverse, mientras en el exterior resonaban los tambores y los cuernos, y las voces bárbaras entonaban cantos odiosos, al tiempo que los pies desnudos marcaban el ritmo golpeando la tierra dura y las manos palmeaban con suaves cadencias.

Pero finalmente la consciencia individual comenzó a manifestarse a través de su helada mente. Primero sintió un leve asombro al pensar que no había sufrido daños físicos. Aceptó esa especie de milagro sin agradecerlo. Actuando casi maquinalmente, se sentó en el lecho y se quedó mirando tristemente a su alrededor. Sus extremidades iniciaron unos movimientos débiles, como respondiendo a los centros nerviosos recién despiertos. Sus pies desnudos golpearon nerviosamente el suelo de tierra. Sus dedos se retorcieron convulsivamente sobre la falda de una ligera túnica corta que constituía su único atuendo. Recordó que una vez, y ello parecía haber ocurrido hace muchísimo tiempo, unas rudas manos le arrancaron el resto de la ropa del cuerpo, y que ella había llorado de miedo y de vergüenza. Le parecía extraño, ahora, que un hecho tan insignificante pudiera haberle causado tanta pena. Después de todo, la magnitud de la ofensa y la indignidad eran relativas, como muchas cosas.

La puerta de la choza se abrió y entró una mujer, una criatura ágil como una pantera, cuyo cuerpo esbelto y flexible brillaba como el ébano pulido, y estaba cubierto tan sólo con un pequeño trozo de seda envuelto alrededor de sus estrechas caderas. El blanco de sus ojos reflejaba la luz de la hoguera del exterior, y su mirada era aviesa y maligna.

Llevaba en la mano un plato de bambú lleno de alimentos: carne caliente, batata asada y un trozo de pan rústico, así como una jarra de oro trabajado llena de una especie de cerveza conocida con el nombre de yarati. Depositó todo esto al lado del lecho, pero Livia no le prestó atención y siguió mirando fijamente hacia la pared de enfrente, cubierta de esteras hechas de cañas de bambú entrelazadas. La joven nativa rió, sus ojos lanzaron destellos y sus blancos dientes brillaron en la oscuridad. Y entonces, tras unas sibilantes palabras de desprecio y una caricia burlona que era más insultante que su lenguaje, se volvió y salió de la cabaña expresando mayor insolencia con el movimiento de sus caderas que la que pudiera manifestar cualquier mujer civilizada con palabras e insultos.

Pero ni las palabras ni las acciones de la moza habían despertado la superficie de la consciencia de Livia. Todas sus sensaciones seguían vueltas hacia su interior, donde lo vivido de sus imágenes

mentales hacía que el mundo real pareciera una escena irreal por la que desfilaban sombras y espectros. Comió con gestos maquinales y bebió sin apreciar el sabor de la cerveza.

Siempre con movimientos mecánicos, se levantó al fin, se acercó con paso inseguro a la pared de bambú y se puso a mirar a través de una grieta. Un cambio repentino en el redoble de los tambores y en el resonar de los cuernos hizo reaccionar algún oscuro rincón de su mente, y le hizo pensar casi sin proponérselo.

Al principio no alcanzó a comprender nada de lo que veía; todo resultaba caótico y sombrío. Los cuerpos se movían y se mezclaban, girando y haciendo contorsiones. Eran siluetas negras recortadas sobre un fondo de llamas rojizas cuyo resplandor aumentaba y disminuía. Luego las acciones y los objetos adquirieron sus propias dimensiones y Livia alcanzó a ver unos hombres y unas mujeres que se movían delante de la hoguera. La luz roja lanzaba destellos sobre los adornos de marfil y de plata; las plumas blancas ondeaban bajo el resplandor de la noche, y los cuerpos desnudos danzaban como si estuvieran tallados en la oscuridad de la noche y pintados en llamas de color carmesí.

Sentado sobre un escabel de marfil, flanqueado por gigantes tocados con plumas y cubiertos con pieles de leopardo, había un personaje repulsivo, obeso y achaparrado, con aspecto maligno, que parecía un enorme sapo que apestaba como los pantanos podridos de la selva. El individuo tenía las rechonchas manos colocadas sobre el arco abultado de su vientre; su pescuezo era un rollo de grasa que parecía proyectar su cilíndrica cabeza hacia adelante; sus ojos semejaban brasas ardientes y tenían una asombrosa vitalidad que contrastaba con la del resto de su grueso cuerpo, que daba la sensación de indolencia.

Cuando la mirada de la muchacha se posó en aquella figura, sus miembros se pusieron en tensión y la vida volvió a latir frenéticamente en su cuerpo. Dejó de ser un autómatas inconsciente, y se transformó en un ser sensible de carne y hueso; sintió un escalofrío y luego la sangre ardió en sus venas. El dolor fue sustituido por el odio, un odio tan intenso que a su vez se convirtió en dolor. Se sintió dura y quebradiza al tiempo, como si su cuerpo estuviera hecho de acero. Su aborrecimiento abarcaba todo su campo visual y se volvió tan tangible que pensó que el objeto de su odio caería muerto en su escabel tallado por la intensidad de sus sentimientos.

Pero si Bajujh, rey de Bakalah, sintió alguna molestia a causa de la concentración psíquica de su prisionera, lo cierto es que no lo demostró. Por el contrario, continuó atiborrando su boca de batracio con puñados de golosinas que le tendía en una bandeja una mujer arrodillada, y siguió mirando hacia el amplio camino que formaban sus súbditos al apiñarse en dos densas filas a ambos lados.

Livia comprendió vagamente que por aquel pasillo, flanqueado por una negra y sudorosa masa de hombres, iba a llegar algún personaje importante, a juzgar por el redoble estrepitoso de los tambores y el clamor de los cuernos. Y en ese momento apareció lo que los nativos estaban esperando.

Los guerreros negros avanzaron en una columna de tres en tres hacia el reyezuelo sentado en la silla de marfil; sus plumas y el fulgor de las lanzas destacaban entre la abigarrada turbamulta. A la cabeza de los lanceros de ébano avanzaba a grandes zancadas un hombre que hizo estremecer violentamente a Livia; su corazón pareció detenerse y luego volvió a latir frenéticamente. El recién llegado se distinguía con toda claridad del resto. Al igual que sus seguidores, llevaba un taparrabo de piel de leopardo y un gran adorno de plumas pero, a diferencia de los demás, era un hombre blanco.

No llegó hasta el escabel de marfil con aire de subordinado o de alguien que suplica, y cuando el recién llegado se detuvo delante del hombre achaparrado, se hizo un súbito silencio. Livia percibió la tensión que flotaba en el aire, si bien sólo adivinaba vagamente lo que presagiaba. Durante un instante Bajujh permaneció sentado, con la gruesa cabeza vuelta hacia arriba, como un sapo descomunal; luego, como empujado contra su voluntad por la mirada firme y dominante del otro hombre, el reyezuelo se levantó con dificultad de su silla y se quedó de pie, haciendo una grotesca reverencia con la cabeza rapada. En seguida se alivió la tensión. De las filas de los habitantes de la

aldea surgió un tremendo vocerío y, ante un ademán del desconocido, sus guerreros levantaron las lanzas y corearon a gritos un saludo para el rey Bajujh. Quienquiera que fuese el hombre blanco, Livia se dio cuenta que debía de ser muy poderoso en aquella tierra, cuando Bajujh, el reyezuelo de Bakalah, se ponía de pie para recibirle. Y poder significaba prestigio militar, pues lo único que respetaban esos salvajes era la violencia.

Desde ese momento, Livia permaneció con los ojos pegados a la grieta de la pared de la choza, observando al forastero. Sus guerreros se mezclaron con los bakalahs y bailaron, comieron y bebieron cerveza con ellos. El hombre blanco, junto con algunos de sus jefes, se sentó con Bajujh y sus lugartenientes, con las piernas cruzadas sobre esterillas, y comieron y bebieron hasta hartarse. La joven vio que el hombre blanco hundía las manos en los cazos de comida, al igual que los demás, y bebía de la misma jarra de cerveza que Bajujh, pero notó que se le concedía el respeto debido a un rey. Puesto que no había otro escabel de marfil, Bajujh renunció al suyo y tomó asiento sobre la esterilla, junto a su invitado. Cuando traían una nueva jarra de cerveza, el rey de Bakalah apenas la probaba y se la pasaba en seguida al hombre blanco. ¡Poder! ¡Todo aquel ceremonial apuntaba al poder..., la fuerza..., el prestigio! Livia tembló llena de excitación cuando comenzó a forjar un plan en su mente.

Siguió observando al hombre blanco con dolorosa intensidad, hasta que no hubo detalle alguno que pasara inadvertido para ella. Era alto; muy pocos de los gigantes negros que se encontraban a su alrededor le superaban en estatura o en corpulencia. Se movía con la agilidad de un enorme felino. Cuando las llamas se reflejaban en sus ojos, encendían en ellos un fuego azul. Llevaba unas sandalias atadas a sus piernas y de su enorme cinto colgaba una espada metida en una vaina de cuero. El visitante tenía un aspecto extraño y poco corriente. Livia jamás había visto a un hombre semejante, pero no se preocupó por saber a qué raza pertenecía. Le bastaba con que su piel fuera blanca.

Pasaron las horas y poco a poco fue disminuyendo la algarabía, ya que tanto los hombres como las mujeres se iban hundiendo en el sopor de la borrachera. Finalmente, Bajujh se puso en pie tambaleándose y levantó las manos, no para poner fin a la fiesta, sino para indicar que se rendía en aquella competición de bebida y de comida. Luego, a punto de desplomarse, fue recogido por sus guerreros, que le llevaron hasta su choza. El hombre blanco también se levantó, sin dar aparentemente muestras de hallarse afectado por la enorme cantidad de cerveza que había bebido, y fue escoltado hasta la cabaña de invitados por algunos de los hombres de Bajujh que estaban en condiciones de hacerlo. Desapareció en el interior de la choza, y Livia advirtió que una decena de guerreros que habían llegado con él tomaban posiciones en torno a la cabaña, con sus lanzas preparadas. Era evidente que el extranjero no se fiaba demasiado de la amistad de Bajujh.

La muchacha recorrió la aldea con la mirada; parecía la representación de la noche del Juicio Final debido a la cantidad de cuerpos caídos que yacían en las calles. Ella sabía que numerosos centinelas en plena posesión de sus facultades cuidaban la empalizada exterior, pero los únicos hombres despiertos que vio allí eran los lanceros del hombre blanco..., y algunos de estos comenzaban a dar cabezadas y a apoyarse perezosamente en el asta de sus lanzas.

Con el corazón latiendo intensamente, la joven se deslizó por la puerta trasera de su cabaña y pasó delante del centinela de Bajujh, que roncaba sonoramente. Livia atravesó el espacio que mediaba entre su choza y la del forastero como una sombra de marfil. Se arrastró de rodillas y avanzó hacia la parte posterior de la otra cabaña. Allí se hallaba un negro gigantesco en cuclillas, con la emplumada cabeza hundida entre las rodillas. La muchacha extremó sus precauciones cuando pasó delante de él y se acercó a la pared de la choza. Ella ya había estado encerrada en aquella cabaña, y sabía que había una estrecha abertura detrás de una esterilla que colgaba de una pared; esa

grieta representaba su débil y patético intento de fuga. Encontró la abertura, se volvió de lado y, con movimientos sinuosos de su cuerpo flexible, se introdujo en la habitación.

El fuego de las hogueras del exterior iluminaba tenuemente el interior de la cabaña. Pero en seguida oyó una velada maldición, al tiempo que un puño de hierro la aferró por la cabellera y la arrastró hacia el centro de la choza.

Desconcertada ante la rapidez del extranjero, la joven se apartó el cabello de los ojos y miró fijamente al hombre blanco, que la contemplaba asombrado con el rostro lleno de pequeñas cicatrices vuelto hacia ella. Tenía la espada desenvainada en la mano y sus ojos ardían como bolas de fuego, si bien no sabía si era de ira, recelo o sorpresa. El hombre le habló en una lengua que ella no entendió; no era gutural, como la de los negros, pero tampoco tenía un acento civilizado.

—¡Oh, te lo ruego! —suplicó ella—. No hables en voz alta. Nos van a oír...

—¿Quién eres? —preguntó el hombre, hablando en la lengua de Ofir, pero con acento bárbaro—. ¡Por Crom, jamás pensé encontrar una muchacha blanca en estas condenadas tierras!

—Me llamo Livia —repuso la joven—, y soy prisionera de Bajujh. ¡Oh, escucha, por favor, escúchame! No puedo estar aquí mucho tiempo; tengo que volver antes que noten mi ausencia en la cabaña. Verás, mi hermano... —un sollozo ahogó sus palabras, pero luego continuó—, mi hermano Theteles y yo pertenecíamos a la casa de Chelkus, una familia de sabios y de nobles de Ofir. Mediante un permiso especial del rey de Estigia, a mi hermano le permitieron ir a Kheshatta, la ciudad de los magos, a fin que estudiara sus artes, y yo le acompañé. Theteles era sólo un chiquillo, era menor que yo...

La muchacha titubeó y su voz volvió a quebrarse. El forastero no dijo nada, pero siguió mirándola con ojos ardientes, gesto severo y rostro inescrutable. Había algo salvaje e indómito en su expresión que asustaba a la muchacha y la ponía nerviosa.

—Los negros kushitas invadieron Kheshatta y la arrasaron —siguió diciendo Livia, hablando más rápidamente—. Nosotros justamente llegábamos a la ciudad con una caravana de camellos. Los soldados de la escolta huyeron, y los invasores nos capturaron y nos llevaron con ellos. No nos hicieron ningún daño y nos dieron a entender que parlamentarían con los estigios y aceptarían un rescate a cambio de nosotros. Pero uno de los jefes quería quedarse con todo el rescate, por lo que él y sus seguidores nos sacaron furtivamente del campamento una noche y huyeron con nosotros hacia el sudeste, hasta llegar a las fronteras de Kush. Allí fueron atacados y aniquilados por una banda de guerreros bakalah. Theteles y yo fuimos arrastrados hasta esta guarida de bestias salvajes... —la muchacha lloró convulsivamente—, y esta mañana mutilaron y mataron cruelmente a mi hermano delante de mí...

Livia se quedó en silencio; parecía haber perdido el hilo del relato, pero luego añadió:

—Arrojaron su cadáver descuartizado a los chacales. No sé cuánto tiempo estuve sin conocimiento...

Una vez más le faltaron las palabras. Levantó los ojos y vio el rostro ceñudo del extranjero. Entonces una furia incontenible embargó a la muchacha. Alzó los puños y golpeó el poderoso pecho del hombre blanco, que no pareció más afectado que si en su piel se hubiera posado una mosca.

—¿Cómo puedes quedarte ahí como un bruto insensible? —gritó ella tratando de no alzar demasiado la voz—. ¿Eres acaso una bestia salvaje como todos los demás? ¡Oh, Mitra, alguna vez pensé que los hombres sabían lo que era el honor! Ahora veo que todos tienen su precio. Tú..., ¿qué sabes tú del honor, de la compasión o de la decencia? Eres un bárbaro como los otros. Sólo tu piel es blanca; pero tu alma es tan negra como la de ellos. ¡Poco te importa que un hombre de tu raza haya sufrido una muerte horrenda a manos de estos perros..., y que yo sea su esclava! Muy bien.

La joven se separó de él y agregó:

—Voy a llegar a tu precio —dijo ella llena de ira al tiempo que desgarraba la ligera túnica que llevaba puesta, dejando al descubierto sus senos de marfil—. ¿No soy hermosa? ¿No soy más deseable que esas nativas? ¿No soy una recompensa digna por una muerte sangrienta? ¿No vale una virgen blanca el precio de matar a una persona? Entonces..., ¡mata a ese perro negro de Bajujh! ¡Déjame que vea rodar su maldita cabeza por el polvo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! —añadió golpeando un puño contra el otro, en frenética agonía—. Luego tóname y haz lo que quieras conmigo. ¡Seré tu esclava!

El hombre blanco continuó en silencio, siempre de pie, como un titán, con la mano sobre la empuñadura de la espada.

—Hablas como si fueras libre para entregarte a placer —dijo—, como si tu cuerpo tuviese el poder de hacer tambalear a un reino. ¿Por qué habría de matar a Bajujh a cambio de tu cuerpo? Las mujeres son tan baratas como las plantas en esta tierra, y tu complacencia me tiene sin cuidado. Te valoras demasiado. Si yo te deseara, no tendría que tocarle ni un pelo a Bajujh para tomarte. Él te ofrecería a mí como obsequio con sólo pedírselo. Livia suspiró. Todo su ímpetu había desaparecido. La cabaña parecía dar vueltas. Se tambaleó y se dejó caer llena de abatimiento sobre el lecho. La amargura la inundaba al comprender el absoluto desamparo en que se hallaba. La mente humana se aferra inconscientemente a ideas y valores conocidos, aun en un medio extraño y en condiciones muy diferentes de aquellas en las que dichos valores tienen vigencia. A pesar de todo lo que había vivido, Livia creyó instintivamente que su ofrecimiento tendría algún valor, y ahora se asombraba al ver que no tenía ninguna trascendencia. No podía mover a los hombres como si fueran peones de un juego; por el contrario, ella misma era uno de esos peones.

—Sí, es absurdo suponer que un hombre en este rincón del mundo actúe según las normas y costumbres existentes en otros países —murmuró Livia débilmente, apenas consciente de lo que estaba diciendo.

Aturdida por este nuevo giro del destino, permaneció inmóvil hasta que el hombre blanco la tomó por los hombros con manos férreas y la hizo ponerse de pie.

—Has dicho que soy un bárbaro —dijo él con aspereza—, y afortunadamente eso es cierto, gracias a Crom. Si tú hubieras tenido como escolta a gentes de tierras lejanas, en lugar de civilizados enclenques sin agallas, no serías la esclava de un cerdo esta noche. Yo soy Conan, un cimmerico, y vivo de lo que me da al filo de la espada. Pero no soy tan cruel como para dejar a una mujer en manos de un salvaje, y a pesar que me insultes y me consideres un ladrón, debes saber que jamás he tomado a una mujer sin su consentimiento. Las costumbres difieren de un país a otro, pero si un hombre es lo suficientemente fuerte, podrá hacer respetar sus propias costumbres allí donde vaya. ¡Y nadie me ha llamado jamás cobarde! Aun cuando fueras vieja y fea como los buitres del infierno, te llevaría lejos de aquí y de Bajujh simplemente por tu raza. Pero eres joven y hermosa, y he visto tantas mujerzuelas nativas que estoy harto. Seguiré el juego según tus reglas, simplemente porque tu manera de pensar concuerda en parte con la mía. Regresa a tu choza. Bajujh está demasiado borracho esta noche para ir a buscarte, y procuraré que mañana esté ocupado. Pero mañana por la noche calentarás mi lecho, y no el de Bajujh.

—¿Cómo lo conseguirás? —preguntó ella temblando a causa de los sentimientos encontrados que la embargaban—. ¿Son aquellos todos los hombres que tienes?

—Son suficientes —respondió él con un gruñido—. Son bamulas y han mamado la guerra desde que nacieron. Yo he venido aquí a petición de Bajujh. Quiere que nos unamos para atacar a los jihiji. Esta noche han sido las fiestas; mañana celebraremos el consejo. Cuando terminemos, Bajujh estará celebrando un consejo en el infierno.

—¿Romperás el pacto?

—En estas tierras, los pactos sólo sirven para ser rotos —repuso hoscamente—. Él mismo va a romper su tregua con los jihiji. Y después que hayamos saqueado juntos su aldea, seguramente tratará de eliminarme a la primera oportunidad. Lo que en otro país se considera una negra traición, aquí es una muestra de sabiduría. He alcanzado mi posición de jefe guerrero de los bamulas con esfuerzo después de aprender todas las lecciones que nos enseñan los pueblos negros. ¡Ahora regresa a tu cabaña y duerme tranquila, sabiendo que tu belleza no será para Bajujh, sino para Conan!

Livia siguió mirando a través de las cañas de bambú durante todo el día, temblando y con los nervios en una tensión insoportable. Desde que se despertaron las gentes de la aldea, extenuadas y embrutecidas por el alcohol después de la agotadora noche anterior, no habían hecho otra cosa que prepararse para la fiesta de la noche siguiente. Conan el cimmerico permaneció todo el día en la cabaña de Bajujh, y Livia no pudo saber lo que había ocurrido entre ellos. Procuró ocultar su excitación nerviosa delante de la única persona que entraba en la choza —la hostil nativa que le traía la comida—, pero ésta estaba demasiado afectada aún por las libaciones de la noche anterior para apreciar cualquier cambio en el estado de ánimo de la prisionera.

Volvía a caer la noche. Las hogueras iluminaron la aldea y los jefes abandonaron la cabaña del reyzeuelo y se sentaron en el espacio abierto que había delante de las chozas, con el fin de celebrar la última reunión, de carácter ceremonial. Esta vez se bebió mucho menos. Livia notó que los bamulas se aproximaban inadvertidamente al círculo de los jefes. Vio a Bajujh y frente a él, al otro lado de los cazos de comida, divisó a Conan, que reía y hablaba animadamente con el gigantesco Aja, el jefe guerrero de Bajujh.

El cimmerico roía un enorme hueso, y de pronto lanzó una mirada por encima de su hombro. Como si fuera una señal que hubieran estado esperando, los bamulas volvieron la cabeza hacia su jefe. Conan se puso de pie, siempre sonriendo, como si quisiera acercarse a uno de los calderos que estaba algo más alejado. Entonces, con la rapidez de un felino, asestó un terrible golpe a Aja con el enorme hueso. El jefe guerrero de los bakalahs se desplomó con el cráneo roto y un alarido estremecedor rasgó el cielo nocturno cuando los bamulas entraron en acción como panteras sedientas de sangre.

Los calderos volcados escaldaron a las mujeres que estaban sentadas; las paredes de bambú se desplomaron bajo el impacto de los cuerpos que se abalanzaban sobre ellas; lamentos agónicos cortaban el aire como cuchillos, y por encima de todo se oía el grito de guerra aterrador de los enloquecidos bamulas, cuyas lanzas estaban tan rojas como las llamas que las iluminaban.

Bakalah era como un manicomio convertido en una ruina de color escarlata. La acción de los visitantes había paralizado a los infortunados nativos porque nadie esperaba aquel desenlace. En ningún momento habían pensado los anfitriones en un ataque. La mayor parte de las lanzas estaba dentro de las chozas, y muchos guerreros ya estaban borrachos. La caída de Aja fue la señal que dio comienzo a la masacre.

Desde su lugar de observación, Livia se quedó helada, pálida como una estatua, con los dorados cabellos en desorden y los puños oprimiendo sus sienes. Tenía los ojos muy abiertos y su cuerpo estaba completamente rígido. Los lamentos de las víctimas y los gritos de los atacantes torturaban sus nervios como si se tratara de un tormento físico. Los cuerpos acuchillados que se agitaban espasmódicamente se borraron de sus ojos, pero luego adquirieron una espantosa nitidez. Vio las lanzas que se hundían en los negros cuerpos que se retorcían salpicando sangre. Vio las mazas que se abatían con una fuerza brutal sobre los cráneos. Los tizones salían despedidos a puntapiés de las hogueras y esparcían una lluvia de chispas; los techos de las cabañas humearon y luego empezaron a arder. Unos alaridos estridentes de angustia y de horror comenzaron a resonar cuando las víctimas, aún vivas, eran arrojadas de cabeza contra las chozas llameantes. El olor a carne quemada comenzaba a enrarecer el aire, ya fétido a causa del sudor y de la sangre derramada.

Finalmente, los tensos nervios de Livia cedieron, y fue ella quien comenzó a gritar como una poseída, entre el crepitar de las llamas y el clamor de la batalla. Se golpeó las sienes con los puños cerrados y sus alaridos se convirtieron en una risa histérica; daba la impresión que había perdido el juicio. La muchacha se repetía en vano que eran sus enemigos los que morían de aquella forma horrible, que estaba ocurriendo lo que ella había deseado y planeado, y que el sacrificio atroz que estaba presenciando era el justo castigo por los males que le habían infligido a ella y a los suyos. Pero a pesar de estas consideraciones, un terror ciego se había apoderado de ella.

Era consciente que no habría ninguna piedad para las víctimas, que morían a mansalva bajo las lanzas implacables. Su única sensación, en ese momento, era un profundo miedo irracional y enloquecedor. Vio a Conan como una blanca silueta recortada contra los cuerpos de los negros. Vio centellear su espada, y los hombres caían como moscas a su alrededor. A continuación divisó un cuerpo obeso que se arrastraba por el suelo, cerca del fuego. Conan saltó hacia allí, pero quedó oculto tras unos cuerpos negros en movimiento. Se oyó un chillido agudo, y Livia vio fugazmente el grueso cuerpo del reyezuelo que caía al suelo chorreando sangre. Luego los bamulas siguieron luchando con los bakalahs, y el acero cortaba el aire como una flecha en la oscuridad.

Inmediatamente después, la muchacha escuchó un alarido triunfal y primitivo. Conan se abrió paso entre la multitud y se dirigía hacia la cabaña en la que se encontraba la muchacha. En la mano traía algo... A la luz de las llamas Livia pudo ver que se trataba de la cabeza del rey Bajujh. Tenía los ojos vidriosos vueltos hacia arriba, mostrando sólo el blanco; la mandíbula colgaba suelta como en una mueca trágica, y del cuello cortado caían gruesas gotas de sangre.

Livia retrocedió lanzando un gemido. Conan había cumplido su promesa y ahora venía a reclamar su pago sosteniendo en la mano la prueba indicando que lo había realizado. Dentro de poco él la tocaría con sus dedos manchados de sangre y la besaría con aquella boca que aún jadeaba por el esfuerzo de la matanza. Este pensamiento provocó el delirio en ella.

La joven lanzó un grito de espanto, corrió por la choza y se arrojó contra la puerta posterior, que se desplomó bajo el impacto del golpe. Una vez fuera, Livia huyó a través de la aldea como un blanco fantasma en un reino de sombras negras y de llamas rojas.

Algún oscuro instinto la llevó hasta las caballerizas. Un guerrero, que en aquel momento derribaba la valla, lanzó un grito de asombro cuando vio pasar corriendo a su lado a Livia. Su mano aferró el cuello de la túnica de la joven. Con un tirón frenético, ésta consiguió liberarse, dejando la prenda en las manos del negro. Los caballos relincharon e iniciaron una rápida estampida; pasaron al lado de ella y arrollaron al desprevenido guerrero. Los animales estaban aterrados por el fuego y por el intenso olor a sangre que había en el lugar.

La muchacha se aferró ciegamente a las crines de un caballo que pasaba; fue levantada en vilo y volvió a caer de pie; luego dio un salto y, con gran esfuerzo, consiguió montar sobre el lomo del negro corcel. Presas de pánico, los animales del tropel cruzaron las llamas y levantaron una lluvia de chispas con los cascos. Las gentes de color vieron asombrados a la muchacha desnuda que cabalgaba a pelo sobre el caballo, con su melena dorada ondeando al viento. El caballo cruzó la empalizada con un salto impresionante y se perdió en el aire cálido de la noche.

Livia no hizo intento alguno de guiar a su caballo. Los gritos y el resplandor del fuego se desvanecían a sus espaldas; el viento agitaba sus cabellos y acariciaba sus miembros desnudos. Sólo era consciente de su desesperada necesidad de seguir aferrada a las ondulantes crines del animal y de huir..., huir hasta los confines del mundo, lejos del dolor, de la pena y del horror.

El animal cabalgó sin descanso durante horas, hasta que tropezó con una piedra y se desplomó, arrojando a su jinete al suelo.

La muchacha notó que caía sobre el suave césped, donde permaneció unos instantes aturdida. Luego oyó que el animal se alejaba trotando. Cuando Livia se incorporó, tambaleándose, lo primero

que le impresionó fue el silencio que reinaba en aquel lugar. Era algo casi tangible, como un suave y oscuro terciopelo, que resaltaba aún más después del incesante redoblar de los tambores y del resonar de los cuernos que la enloquecieron durante días. La joven miró al cielo, donde las grandes estrellas blancas se apiñaban en la oscuridad del firmamento. No había luna, pero el fulgor de las estrellas iluminaba tenuemente la tierra. Livia siguió inmóvil en la colina cubierta de césped sobre la que había caído y desde la cual las laderas se alejaban hacia el horizonte. Alcanzó a ver una línea oscura de árboles que señalaban el lugar en el que comenzaba la selva. Allí donde estaba sólo reinaba la quietud total en la inmensidad de la noche y una suave brisa mecía la hierba. La tierra era vasta y parecía adormecida. La caricia del viento hizo que Livia notara su desnudez. Se estremeció y se cubrió el cuerpo con las manos. Se sentía abrumada por la soledad y el silencio. Estaba completamente sola en lo más alto de la tierra y nada se ofrecía a su vista, salvo la noche y el viento.

De pronto se sintió contenta por aquella soledad. Allí no había nadie que la amenazara ni la aferrara con manos rudas y violentas. Miró hacia adelante y vio que la falda de la colina descendía hacia un amplio valle en el que los árboles se cimbrecaban y el tenue fulgor de las estrellas se reflejaba sobre lo que parecían ser flores esparcidas por el fondo del valle. Esto le trajo a la memoria un relato de los negros, que hablaban con temor de cierta vaguada en la que habitaba una extraña raza de mujeres jóvenes de piel bronceada que llevaban viviendo en aquel lugar desde antes que llegaran los antepasados de los bakalahs. Allí —decían ellos— las mujeres fueron transformadas en flores blancas por los antiguos dioses, a fin que pudieran escapar de sus perseguidores. Ningún nativo osaba aventurarse en aquel valle.

Pero Livia se dirigió hacia allí. Descendió por la pendiente cubierta de césped, que era como una alfombra de terciopelo a sus pies. Deseaba vivir entre aquellas flores blancas; allí ningún hombre se atrevería a poner sus rudas manos encima de ella. Conan había dicho que los pactos estaban hechos para ser rotos. Ella rompería su pacto con el cimmerico y se internaría en el valle de las mujeres perdidas..., para perderse en medio de la soledad y de la quietud. La muchacha seguía descendiendo por la suave pendiente mientras estos pensamientos oníricos e inconexos afloraban a su mente, hasta que llegó al valle.

Pero la inclinación de la ladera era tan imperceptible que cuando Livia estuvo en el fondo de la hondonada no tuvo la sensación de estar rodeada de abruptas paredes rocosas. A su alrededor flotaban mares de sombras y sólo destacaban las grandes flores blancas, que se agitaban y susurraban como saludándola. La joven vagó sin rumbo fijo, apartando las matas con sus delicadas manos y escuchando el susurrar del viento entre las hojas y el borboteo de un pequeño arroyo que no alcanzaba a ver. Siguió avanzando como en un sueño, como si estuviera dominada por un hechizo irreal. Un pensamiento volvía una y otra vez a su mente: allí estaría a salvo de la brutalidad de los hombres. Entonces lloró, pero sus lágrimas eran de alegría. Después se tendió sobre el césped y se apretó contra la suave hierba como si quisiera retener para siempre en su seno el recién hallado refugio.

Hizo una corona de pétalos blancos con las flores, que colocó sobre sus dorados cabellos. El perfume de las flores estaba a tono con todo lo que había en aquel valle: era maravilloso, sutil, cautivante. Luego continuó su marcha y llegó finalmente a un claro situado en el centro de la hondonada. Allí vio una enorme piedra que parecía tallada por manos humanas y que estaba adornada con helechos y con guirnaldas de flores. Se quedó mirando en esa dirección, y de pronto sintió que algo se movía cerca de allí.

Se volvió y divisó unas siluetas que salían sigilosamente de las densas sombras. Eran unas esbeltas mujeres de piel cobriza, estaban desnudas y llevaban flores en el pelo. Se acercaron a ella sin hablar, como personajes de un sueño. Pero de pronto el terror se apoderó de la muchacha cuando miró a las mujeres a los ojos. Eran ojos luminosos y radiantes, pero no eran humanos. Las formas



eran humanas, pero en aquellas almas se había producido un cambio que se reflejaba en sus ojos resplandecientes. El temor hizo presa en Livia. La serpiente alzaba su espantosa cabeza en el recién hallado paraíso.

Pero ya no podía huir. Las esbeltas mujeres de piel bronceada la rodeaban. Una, más hermosa que las demás, se acercó en silencio a la temblorosa muchacha y la envolvió con sus delicados brazos cobrizos. Su aliento tenía el mismo aroma que las flores blancas que se agitaban bajo la brisa nocturna. Sus labios oprimieron los de Livia en un beso largo y terrible. La muchacha blanca de Ofir sintió que un frío extraño le helaba la sangre. Sus miembros se volvieron frágiles y quebradizos. Permaneció en los brazos de su captora como una estatua de mármol, incapaz de hablar y de moverse.

Luego, unas manos suaves y ágiles la alzaron y la colocaron encima del altar, sobre un perfumado lecho de flores. Las cobrizas mujeres se tomaron de la mano y bailaron una extraña danza, alrededor del altar. Ni el sol ni la luna habían visto jamás una danza semejante, y las estrellas se volvieron más blancas y más luminosas, como si aquella oscura hechicería tuviese su respuesta en las profundidades del cosmos.

Luego entonaron un cántico que era menos humano que el rumor del lejano arroyo. Era un murmullo de voces muy semejante al de las flores que se mecían bajo las estrellas. Livia estaba consciente, pero era incapaz de moverse. No se le ocurrió dudar de su cordura. No intentó razonar ni pretendió analizar nada de lo que ocurría. Ella existía, al igual que existían aquellas extrañas criaturas que bailaban a su alrededor. Tenía pleno conocimiento de su ser, y esta convicción se apoderaba de ella mientras yacía impotente mirando hacia el cielo lleno de estrellas. Sabía de alguna manera que algo le iba a suceder, del mismo modo que les había ocurrido hacía mucho tiempo a las desnudas mujeres bronceadas que se hallaban a su alrededor y que las había convertido en los seres sin alma que eran ahora.

Primero, y muy por encima de ella, Livia vio un punto negro entre las estrellas, un punto que se agrandaba y se expandía; luego se acercó a ella y se extendió hasta semejar un murciélago, y siguió creciendo, a pesar de lo cual su forma no cambió apreciablemente. La sombra negra se cernía sobre ella y después se abatió vertiginosamente en dirección a la tierra; unas alas enormes se extendieron por encima de la muchacha, que quedó oculta bajo su sombra. El cántico creció en intensidad y se apreciaba en él una suave alegría pagana, una bienvenida al dios que llegaba para recibir el sacrificio que se le ofrecía, la ofrenda blanca y sonrosada como una flor humedecida por el rocío del alba.

Ahora el extraño ser se encontraba directamente encima de Livia, y el corazón de la muchacha se encogió helado por lo que vio. Las alas eran de murciélago, pero su cuerpo y el rostro que la contemplaba no se parecían a nada de lo que existe en el mar, en la tierra o en el aire. La joven sabía que estaba frente al horror más absoluto, frente a una cosa negra y asquerosa nacida en los hondos abismos del cosmos, más inconcebible que el más espantoso de los sueños de un loco.

Rompiendo al fin las ligaduras invisibles que mantenían embotada su voluntad, Livia lanzó un grito de horror. Éste fue contestado por otro más profundo y amenazador. Oyó cerca de ella el ruido de pasos precipitados y sintió como una especie de torbellino que giraba rápidamente. Las flores blancas se sacudieron violentamente, las mujeres cobrizas desaparecieron. Por encima de ella se cernía la enorme sombra negra, pero vio una alta silueta blanca tocada con ondulantes plumas que avanzaba rápidamente hacia el altar.

—¡Conan! —gritó casi involuntariamente.

Al tiempo que lanzaba un belicoso grito salvaje, el bárbaro saltó por los aires, empuñando su espada, que centelleó a la luz de las estrellas.

Las enormes alas negras se alzaron y se abatieron sobre él. Livia, enmudecida de horror, vio al cimmerico envuelto por la negra sombra. La respiración del hombre se hizo jadeante y sus pies

golpearon la tierra, aplastando las blancas flores contra el suelo. En el silencio de la noche se oyó el eco del impacto estremecedor. Conan fue zarandeado como un ratón en la boca de un animal salvaje. Su sangre salpicó el césped y manchó de rojo los pétalos que formaban una alfombra blanca sobre la tierra.

Y entonces la muchacha, que observaba la lucha infernal como en una pesadilla, vio que la cosa de alas negras se tambaleaba en el aire. Se oyó un forcejeo supremo y un chasquido de alas mutiladas, y el monstruo, libre ya, se remontó hacia el firmamento y desapareció entre las estrellas. El vencedor quedó aturdido, con la espada aferrada fuertemente en sus manos y las piernas muy abiertas, asombrado de la victoria que acababa de conseguir, pero alerta y dispuesto a continuar la atroz batalla, si fuera necesario.

Un segundo después, Conan se acercó al altar jadeando, mientras caían al suelo gruesas gotas de sangre a cada paso que daba. Su amplio pecho se ensanchaba y se contraía, brillante por el sudor que lo bañaba. La sangre le chorreaba del cuello y de los hombros, empañándole los brazos. Cuando el cimmerico tocó a la muchacha, el hechizo que la inmovilizaba desapareció repentinamente. Livia se incorporó y descendió del altar, pero retrocedió ante el contacto de la mano de Conan. Él se inclinó hacia la joven, que se hallaba encogida a sus pies, y le dijo:

—Mis hombres me contaron que te vieron salir a caballo de la aldea. Te seguí en cuanto pude hasta que hallé tu rastro, si bien no fue fácil a la luz de la antorcha. Vi el lugar en el que el caballo te arrojó al suelo, y aunque no vi tus huellas allí, estaba seguro que habías descendido al valle. Mis hombres no quisieron acompañarme, por lo que he tenido que venir solo. Pero dime, ¿qué valle es éste? ¿Qué era esa cosa?

—Es un dios —susurró ella—. Los negros me habían hablado de él. Es un dios que llegó de muy lejos, hace muchísimo tiempo.

—Es un demonio del Negro Espacio Exterior —dijo Conan lanzando un gruñido—. Bah, no es nada raro. Abundan como moscas más allá del cinturón de luz que rodea al mundo. He oído a los sabios de Zamora hablar de ellos. Algunos logran llegar a la Tierra, pero cuando lo hacen, han de adoptar alguna forma terrenal. Un hombre como yo, con una espada como la mía, puede enfrentarse a cualquier tipo de engendro con garras y colmillos, sea infernal o terrenal. Ven, mis hombres me esperan del otro lado de la colina.

Livia se acurrucó, inmóvil y en silencio. No sabía qué decirle al hombre que la miraba con el ceño fruncido. Finalmente la muchacha dijo:

—He huido de ti. Pensaba engañarte; no tenía intenciones de cumplir mi promesa. Puedes castigarme, si quieres.

El cimmerico se sacudió el sudor y la sangre que le cubrían el rostro, envainó la espada y dijo:

—Levántate. Reconozco que mi trato no era limpio. No siento ningún remordimiento por lo que le hice a aquel perro negro de Bajujh, pero tú no eres una muchacha que se pueda comprar o vender. Las costumbres de los hombres varían de un lugar a otro, pero no hay que comportarse como un cerdo. Después de haber recapacitado, comprendí que obligarte a cumplir tu promesa sería lo mismo que forzarte. Además, no eres lo suficientemente fuerte como para vivir en estas tierras. Eres una mujer de ciudad, de libros y de costumbres civilizadas; no es culpa tuya, pero seguramente morirías en seguida en este ambiente. Y de nada me serviría una muchacha muerta. Ven, te llevaré hasta la frontera de Estigia. Desde allí podrás regresar a tu hogar, en Ofir.

—¿Mi hogar? ¿Ofir? ¿Mi gente? —repitió la joven mecánicamente—. Ciudades, torres, mi hogar...

Súbitamente las lágrimas inundaron sus ojos y, cayendo de rodillas, Livia se abrazó a las piernas del cimmerico llorando desconsoladamente.

—Por Crom, muchacha —dijo él turbado—. No hagas eso. ¿Crees que te estoy haciendo un favor al llevarte fuera de este país? Pues no; ¿no te he explicado ya que no eres la mujer adecuada para el jefe guerrero de los bamulas...?

**FIN**

Libros Tauro